VARIETE

30 céntimos

—¿Y es muy bonita la ópera que vuelve a ver la señorita esta noche?

—¡No sé, chica! ¡Como no me despierto más que en los entreactos!...

Dib de *Picó*.

Biblioteca Nacional de España

CINEMATÓGRAFO

Una escena de la superproducción Fox "Esclavas de la belleza", en la que la bella Margaret Livingston luce su delicado arte.

Fot. Foxfilm, S. A. E.

Biblioteca Nacional de España

Varieté

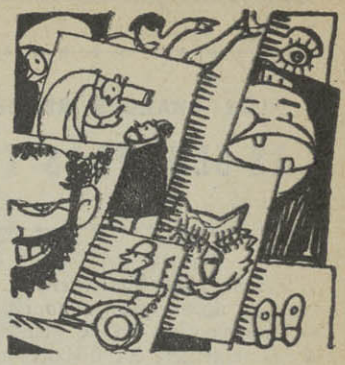
REVISTA COMICA Y DE ESPECTACULOS

Redacción y Administración: Campomanes, 12

APARTADO DE CORREOS 8.032

Aparece los sábados — 30 céntimos ejemplar

Ordenanza de Varieté, D. Canuto



Año II — Madrid 7 de Enero de 1928 — Número 6

Noticias "achantageadas,,

Aunque el interesado trata de silenciarlo y anda por las redacciones de los periódicos suplicando que no se diga nada del asunto, nosotros, a los que nos ha hecho el menosprecio de no rogarnos, vamos a poner en conocimiento del respetable público que el honorable comerciante en badanas, de esta Corte, D. Teodobaldo de la Cucanana, fué sorprenaido por su señora, en no sabemos qué tratos, con una vendedora de altramuces; llegando la indignación de la señora a tal extremo, que saltándose a la torera las conveniencias sociales, y en natural y exquisita distinción, le echó la zancadilla a D. Abundio y le pateó la cabeza profiriendo interjecciones hediondas que ponían al descubierto la torpe conducta de D. Teodobaldo en la intimidad a la par que se ponía de manifiesto el pasado rabaneril de su señora, la cual dijo tales cosas, que si las oye un volquetero se desmaya.

N. de la R.—*(Esta noticia no la habríamos dado si D. Teodobaldo se hubiera conducido con nosotros como se conduce un caballero. ¡Primadas, no!)*

DUELOS PENDIENTES

Ya es casi seguro que hagan la pantomima (puesto que los dos están diarreicos de miedo) de cruzar las espadas el notable periodista señor Corcurilla y el opulento empresario del Coliseo de la Berenjena, por un quítame allá esas entradas generales de favor.

—El prestamista.—*No se obstine pollo; ya le digo que no me encuentro con ánimo para tomar esa trinchera.* Dib. de *Mog.*

DISTRACCION

—¿Tiene usted confianza en su perro?

—¡Absoluta!... Puede usted hablar lo que quiera.

El señor Corcusilla amenazó con meterse con el empresario si éste no le facilitaba cuatro entradas generales para su familia; y el citado empresario le envió una peseta envuelta en un programa en cuyos márgenes en blanco había escrito lo siguiente: "¡Más vale que le dé usted guisado a sus hijos que traerlos al teatro!"

La indignación de Corcusilla fué de cuarenta y décimas, porque en su casa se come bastante bien, gracias a que, además de periodista es afinador de pianos, tenedor de libros y traductor de novelas Kurdas.

El periodista hizo públicos los amores del empresario con la que barre el teatro, y el empresario, a su vez, acusa al periodista de que en repetidas ocasiones le ha pedido dinero en grandes cantidades, atestiguando su acusación con una carta del señor Corcusilla en la que ruega al empresario que le preste ocho cincuenta para devolvérselas en el plazo de catorce meses.

Es de suponer que la intervención de los amigos haga que la cosa quede en un tortazo.

Biblioteca Nacional de España

LOS GRANDES NEGOCIOS

LAS SEGUNDAS TIPLES

Sabemos de buena *encre*, que un popular autor que ya *no da una*, en el buen sentido de su producción de obras teatrales, ha discurrido un negocio que a todas luces será colosal, con K. El conocido comediógrafo ha pensado en contratar a los mejores elementos de la revista actual, y con ellos formar un *grupo de belleza* con el que dará exhibiciones de éxito seguro, porque como los mejores elementos de las revistas son las segundas tiples, y la gente va a los teatros por verlas a ellas, y así lo entienden las empresas anunciándolas a todo pasto, se puede suprimir el libro, parte del decorado y la orquesta, porque con un organillo y media docena de bandurrias, sobra murga.

Con cien segundas tiples de las más escultóricas, reclutadas entre los teatros actuantes, se puede hacer, además de obligar al cierre a los teatros despojados, el negocio de todos ellos juntos, simplemente con reformar ligeramente los grandes anuncios que ahora hacen las empresas teatrales. En vez de "¡Cuarenta bellas segundas tiples ataviadas como para roncar en verano!", se podía anunciar "¡Cien bellas segundas tiples, o sean *todas* las que pueden presumir de *jeró* y de curvatura de muslos, forman el *cuadro de exhibiciones* del Teatro Celestina! ¡Gran desfile de las cien bellas segundas tiples por el patio de butacas, en las que se sentarán de vez en cuando, aunque estén ocupadas por caballeros!"

Además, este negocio puede tener un grueso chorro de ingresos explotando la propaganda Por ejemplo: "En el cuadro de las almejas tontilocas, las bellas segundas tiples van perfumadas con *Algas d'Mour* de la Casa Cok y Batiburry. En el cuadro "Platanos usados", en que las chicas salen sin mallas, podrá apreciar el distinguido público los buenos efectos de la pasta "Ñapa" de la Casa Cok y Batiburry. La importante Casa "Borcegi Petit" ha calzado a las CIEN bellas segundas tiples del Teatro Celestina.

Claro está que no hará falta escribir obras para esta agrupación de bellezas, y repito que la orquesta, tan costosa, se puede suplir con las bandurrias o con una docena de pitos bien tañidos por los acomodadores. Como es natural, están demás las primeras tiples, los primeros actores, el apuntador y el segundo apunte, y la Sociedad de Autores se evitaría muchos disgustos.

¿Ustedes no creen que en un teatro en donde se exhiben cien muchachas *jamón*, vestidas con lazo y un *confeti*, no habría cola todos los días?

TELÓN CORTO.

—¿Y estás segura de la infidelidad de tu marido?
—¡Figúrate! ¡Lleva ocho días que no sale de noche y que está amabilísimo conmigo!...

Ella.—*¿Y sacas mucho de las colillas?*
El chico.—*No tanto como... otros.*

Dib. de *Piri Piri*.

La falda pantalón

Concibo del "pollo-pera"
la fraseología huera,
aunque no hay quien la resista.
Lo que no aguanto, es que vista
de tan indigna manera.

¡Pantalón-chanchullo! Saya
como divisoria raya
entre el efebo y el macho...
¿Cómo es posible que haya
tantísimo mamarracho?

Sólo admito la figura
del cretino... marmitón
a través de una pintura
de "Demetrio", de "Mihura"
o de "*don* Díaz Antón".

¡Pantalón-chanchullo! ¡Orgullo
del tiernísimo capullo
que en hombre ha de florecer!
Y si hombre consigue ser,
lo será... ¡por un *chachullo!*

"Pues, aunque así visto yo,
—ayer me dijo Popó,
un *caraba* que da pena—
¡soy más feroz que una hiena!"
Y, ¿quién te dice que no,
va que el feo pantalón
es andrógino padrón.
de absurdo bizantinismo?
¡¡Pues no hace falta heroísmo
para usar ese calzón!!

F. RAMOS DE CASTRO.

Editorial 1927.-Apartado 8.032

Biblioteca Nacional de España

MATRIMONIO POR AMOR, por *Picó.*

¿Es por fin el mes que viene cuando se casa la señorita?

—No sé... veremos a ver si me acostumbro a la idea, porque se me olvida que tengo novio formal y es raro el día que no aliento a un nuevo pretendiente.

Biblioteca Nacional de España

VIAJANDO EN PRIMERA

La Mujer India

Sus ojos misteriosos y fatales.—Su raksasa.—Sus espantosas serpientes.—Su odio asiático.—La danza maldita.—¡El pitsuayo!

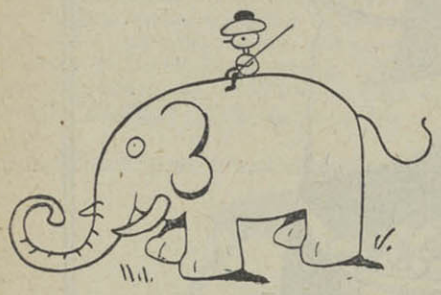
LA BAYADERA DE LOS OJOS NEGROS

Este camelo que les voy a contar a ustedes esta semana tiene su acción en Calcuta.

Según acabo de ver ahora en el diccionario, Calcuta está al Sur de Asia y es la capital de la India.

Pues bien.

Vovía yo de una arriesgada y emocionante cacería de tigres, subido en un bonito elefante que atendía por "Cagancho". Había ido en compañía de catorce oficiales ingleses y nueve cipayos, y siete de mis amigos habían perecido en las afiladas garras de los cuadrúpedos de la selva.



¡Qué horrible!

Sin embargo, nuestros esfuerzos no fueron vanos y cazamos con un tirador un par de conejos y un precioso saltamontes.

Y muy satisfechos regresamos a Calcuta a las cuatro de la tarde.

El calor era tremendo. Los supervivientes de la cacería descendimos de los elefantes y tomamos un *kakayi* en una tasca y después de encender un *sugriva;* ya un poco mareados por el alcohol, nos internamos en el barrio indígena.

En Calcuta hay un barrio europeo, un barrio indígena y un barrio *asoka.* Y es que en esta hermosa y adelantada población, como en algunas calles de la Prosperidad cuando llueve, hay mucho *barrio.*

Las calles son pintorescas y algo torcidas. Los indios, morenos y jacarandosos.

Nos acercamos a un grupo, en donde un faquir de grandes barbas y mirada siniestra tocaba una pequeña flauta y a su cadenciosa música algunas serpientes salían de una cesta.

Mientras, una bonita y joven bayadera, interpretaba danzas exóticas.

Yo, que soy algo idiota y cuando estoy en Calcuta se me recrudece más este defectillo, miré todo aquello con gesto de burla, y me eché a reír escandalosamente.

La bayadera al notarlo me miró con fijeza y algo de asco.

—Con sus risas ha enfurecido usted a la bella danzarina—me dijo un oficial al oído—. Dios le libre de sus iras.

—Bah—exclamé yo en voz alta—. A mí la ira de una bayadera me importa menos que perder una bufanda.

Estas irrespetuosas palabras las escuchó ella y dirigiéndose a mí, dijo:

—Cuando el sol vaya descendiendo, espérame en la orilla del Ganges junto a la pagoda Saksmana. Ves si tienes valor.

—Yo tengo valor para eso y para jugar un partido de ajedrez con un viejo socio de Bellas Artes. Soy audaz como Diego Corrientes.

Y entre chirigotas londinenses me retiré de aquel lugar acompañado de mis amigos.

Estos me amonestaron:

—Ha enfurecido usted a la bayadera y al viejo faquir. Las iras de Visnú serán con usted.

—Pshsss... Me da igual.

—No vaya usted al Ganges.

—Iré, y además, conseguiré hacer mía a esa mujer. Yo soy muy chulo.

Y me bebí otro kakayi en una taberna.

¡Ja, ja, ja!

(Esto es que me reía.)

EN LA ORILLA DEL GANGES

Ya me esperaba la bayadera. Al llegar yo, el sol se ocultaba tras el Himalaya, y ella se postró de rodillas y rezó una oración. Cuando hubo terminado, dijo:

—Maldito forastero. Te has reído de nosotros esta tarde y yo quiero saber por qué te has reído.

—Pues me he reído porque el tío de la flauta, las serpientes y tus danzas, me parecen imbéciles como los barítonos.

—¡Por Rudra!—dijo ella—. ¡Eres osado!

—No te enfades—añadí yo acariciándole la nuca—. Porque si tus danzas y tu faquir y tus serpientes me parecen grotescos, tú en cambio me gustas más que tocar el saxofón. Eres bella.

Sonrió ella, entonces. Sonrió y bajando la vista, dijo:

—Después de todo eres valiente y un poco bajo. Eres de mi gusto. Quién sabe si llegaré a quererte.

—¿Por qué no? Somos jóvenes y podemos amarnos. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Kaosalya, pero llámame Enriqueta que es más fácil.

Y enroscó a mi cuello sus brazos que—¿cómo no?—se asemejaban a dos serpientes.

—Bésame, Kaosalya.

—Toma mis labios y bebe en ellos como en una copa de *kakayi,* simpático español.

—Te amo, Kaosalya.

—Mis besos serán para ti. Toda mi sangre hierve de amor. Qué Mitra, el dios del Sol, nos ilumine, y que Indra, el de la fuerza, nos proteja.

—Que los sagrados montes y los ingenuos pájaros sean testigos de nuestros deseos.

—Que Siva nos colme de dichas.

—Que se nos va a hacer tarde, guapetona.

Y quedamos citados para las doce de la noche en su propia casa.

Luego me fuí a beber unas copas con mis amigos.

—La bella bayadera caerá esta noche como si pisara una cáscara de plátano—les comuniqué jovial.

Un cipayo que me había servido en varias cacerías, me previno:

—Ten cuidado, español. La mujer india es vengativa como un niño de siete años, educado en San Antón.

—Bah... Yo he nacido en Chamberí y ella me ama.

—Sin embargo...

—¡No objetes, maldito perro asiático!

Biblioteca Nacional de España

co!—grité. Y con mi *yodjana* crucé la cara del cipayo que rodó por el suelo.

¡Qué brutal y cruel fuí yo durante mi estancia en Calcuta!

¡EL PITSUAYO!

Me pasó al *marútida* de su casa y allí, sobre una alfombra, hablamos y nos besamos. Sus caricias fueron más afectuosas. Sus palabras más francas.

—Antes de ser tuya—dijo—quiero bailar una danza en tu honor.

Y bailó. Bailó maravillosamente.

Luego sacó de una cesta una gran serpiente que se enroscó a su cuerpo.

—No tengas miedo—dijo al ver en mí un gesto de temor—. Tiene cortadas las glándulas venenosas y es inofensiva como el agua de Santillana.

Y me la acercó al rostro.

—Sus besos son como los míos de suaves. Deja que te bese.

Y cuando el nauseabundo reptil hubo posado su aplastada cabeza sobre mí, ella rió como loca y exclamó:

—Era mentira. ¡Mentira! Su picadura es venenosa igual que la picadura de veinte de la Arrrendataria. Ahora morirás con tremendos dolores. ¡Te odiaba, maldito europeo y me he vengado!

Se alzó una cortina y salió el faquir que, silenciosamente, se puso a soplar en su flauta. La serpiente estirose. Kaosalya bailó.

Yo me retorcía, envenenado.

Y ella dijo:

—Y no es esto sólo. Mi venganza a tus burlas será aún mayor. Vuelve la cabeza y mira.

Me volví y detrás ví un tremendo y gigantesco *pitsuayo* que avanzaba hacia mí.

—¡Qué horror! ¡Qué horror!—grité. Y sacando un cuchillo de mi cinturón me lo clavé en el estómago.

Kaosalya, indiferente, seguía bailando.

* * *

¿Ustedes no saben lo que es un pitsuayo?

Pues yo tampoco.

¡Pero cuidado que hace bonito en estas descripciones indias!...

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de *Mihura*.)

Este número ha sido revisado por la censura

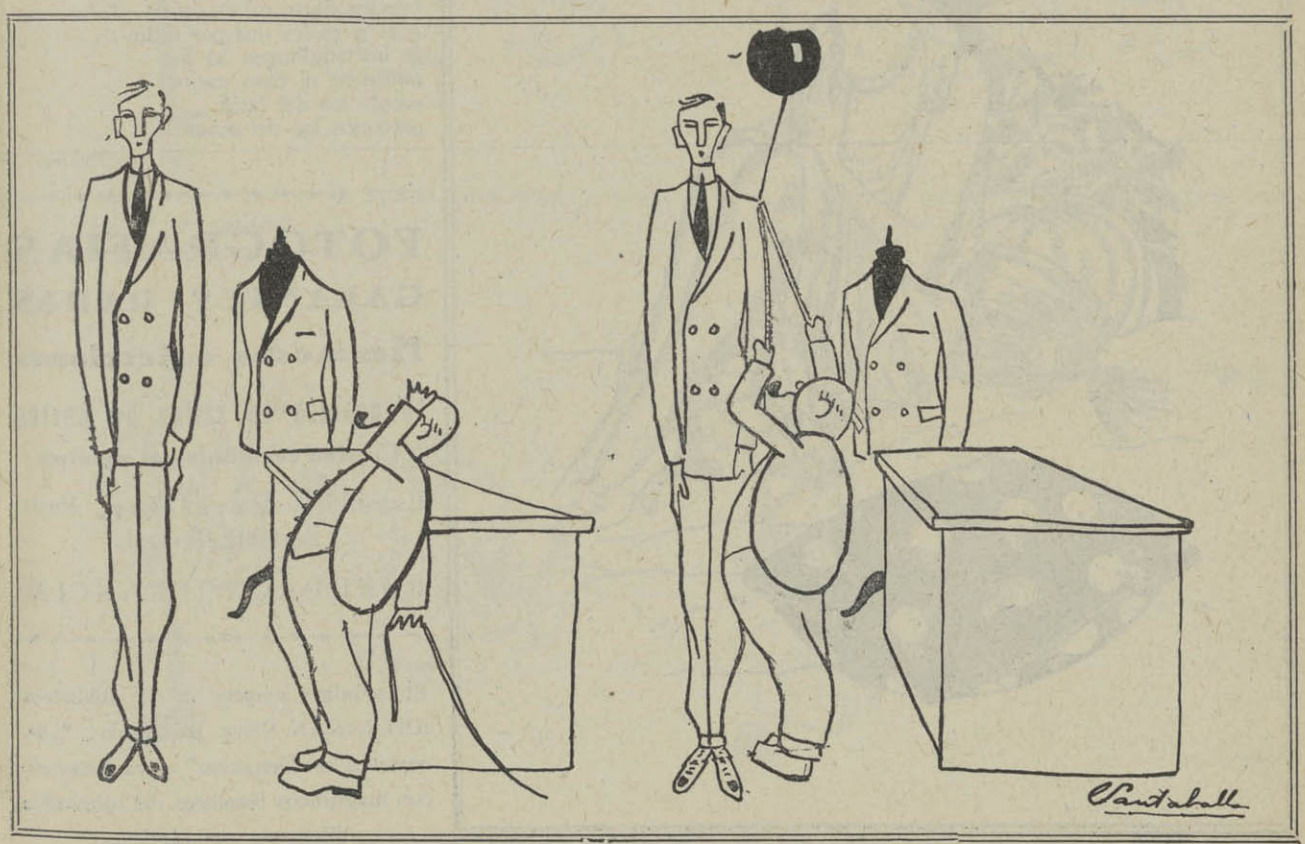
Año nuevo, vie regunat

EL VIEJO.
Es tu boca un volcán
y tu lengua una llama.
LA JOVEN.
Quiero beber champán
y comprarme un pijama.
EL VIEJO.
Tienes el pelo negro
como la negra noche.
LA JOVEN.
Conque negro... ¡Me alegro!
¿Me comprarás un coche?
EL VIEJO.
Tus brazos son las alas
de mi amor ideal.
LA JOVEN.
A ver qué me regalas,
que yo te soy leal.
EL VIEJO.
Tu cuerpo, de "la maja"
es un trasunto fiel.
LA JOVEN.
¡Chico, he visto una alhaja
y un abrigo de piel!...
EL VIEJO.
Mas dime: ¿Tú me amas,
o quieres mi dinero?
LA JOVEN.
¡Qué pregunta!... ¡Me infamas!
¡Con lo que yo te quiero!...

PABLO TORREMOCHA.

El ingenio de un sastre

por SANTABALLA



Biblioteca Nacional de España

Consejos para el nuevo año

Si llegado el Enero
te enamoras de alguna "niña pera"
no te muestres celoso y majadero
si te toma a placer la cabellera.
Ten siempre bien grabado
mi consejo de amigo:
—Tratándose de invierno, es lo in-
que te salga *de abrigo*. [dicado

* * *

En febrero ¡voto a tal!
caminar debes con tino
porque es muy loco el indino,
y más loco el Carnaval
Hazme caso, porque temo
que si eres de ingenio romo
por rendir culto al dios Momo
le rindas culto al dios Memo.

* * *

Muchachita tobillera,
la de la falda muslera
y el aire de perversión:
en marzo, ten precaución
al caminar por la acera
Mira que marzo es ventoso
y si de tu aire envidioso
la competencia te hiciera
aun más que muslero, fuera
ombliguero el muy ansioso.

* * *

Si te llamas Hortensia o Margarita
y en abril te pidiere alguna cita
un amante gentil,
recuerda que es abril
y llámate a ello, Rita.
Pues si en abril las flores
se mecen sobre el campo tentadoras
procura huir del campo y sus primores
que las ortigas son muy malas *mece-*
[*doras*.

* * *

Si algún amante en mayo
te hablase con calor, niña hechicera.
ensalzando el amor en Primavera,
procura no sentir ningún desmayo
de ceder a tu amante rendibú.
Pues si crees su palabra zalamera,
ya verás como al fin la Primavera...
¡eres tan solo tú!

SEGUNDAS TIPLES, por *Vargas*.

Una.—*En mi teatro no quieren delgadas; las quieren llenitas y que no sean unas piojosas.*

La otra.—*¡Pues tú estás llenita!*

Dib. de *L. Vargas*.

Si eres pícaro estudiante
y del flirteo constante
usas en junio las trazas,
no dudes que por pirante
pueden darte calabazas;
Mas si es ley que por pillín
te las emplumen al fin,
ponte en el caso mejor:
acepta las del latín,
pero nos las del amor.

FIDEL PRADO.

FOTOGRAFIAS
GALANTES : RARAS
Hermosas colecciones
10 pesetas en sellos de Correo
Contra reembolso 11 pesetas

Escribid a **Excelsior,** Poste Restante Central.

BORDEAUX (FRANCIA)

El próximo número de la Biblioteca ASTRAKAN, lleva por título: "Las otoñales de Demetrio" y va ilustrado con magníficos bicolores del inimitable dibujante. 50 céntimos.

Biblioteca Nacional de España

EL ASIENTO, por Mihura.

—*Caballero, usted perdone la curiosidad. ¿Usted ha estado alguna vez en un gimnasio de la calle X?*
—*No, señor.*

—*¿Ni ha estado usted tampoco en un academia de boxeo de la calle Z?*
—*No. Nunca.*

—*Caramba... ¿Ni se ha pegado usted alguna vez en la calle con alguien?*
—*No, señor.*

—*¿Ni nunca ha sido usted aficionado a buscar camorra, ni a pegarse, ni a dar bofetadas?*
—*En mi vida.*

—*Entonces, ¡tome!*

—¡.....!

Biblioteca Nacional de España

No hay deuda que no se pague, por Díaz-Antón

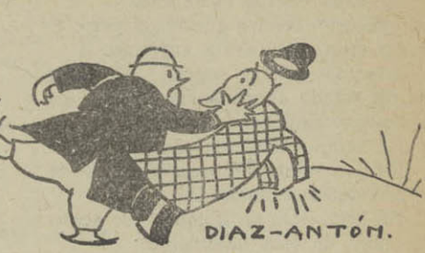
—¡Recordemos en esta tarde de sol, detalles de nuestra infancia!...

Nunca reñimos cuando niños ni cuando éramos jefes, tú y yo, de las dos más formidables pedreas...

—Es verdad. Ahí, en ese desmonte, combatimos aquella tarde del día de tu santo. ¡Parece que lo estoy viendo!

...Fuí yo el que te atizó la pedrada en la oreja. ¡Ja, ja! Estuviste sordo mucho tiempo, y nadie sabía quien...

—Pero ¿fuiste tú el de la pedrada?
—Sí... yo... pero...



¡¡ZAS!!

Doctor Mathons

(Caricatura superrealista)

ACTO PRIMERO

Un gabinete de consulta. El doctor, el cliente y un espectador.

Doctor.—Pase, caballero.

Cliente.—Buenas tardes, señor Mathons.

Doctor.—Siéntese, hágame el favor.

Cliente.—Gracias, señor Mathons.

Doctor.—Llámeme doctor, doctor. Usted es un enfermo y los enfermos se diferencian de los médicos en que aquéllos les dicen doctor, amigo doctor, querido doctor...

Espectador.—¡Muy bien!

Cliente.—¡Jé, jé, jé!

Doctor.—No sé, señor mío, si se ríe usted del espectador o de mí.

Cliente.—Poco importa. Adivínelo.

Doctor.—¡Caballero! ¡Esas palabras se me antojan impertinentes! ¿Quién es usted? ¿Cuál es su enfermedad?

Cliente.—Ninguna.

Doctor.—¿Cómo?...

Cliente.—Yo estuve enfermo, estuve.

Doctor.—¿Es decir, que ya no lo está?

Cliente.—No, señor.

Doctor.—Entonces no comprendo su presencia en mi casa. Si está usted ya curado...

Cliente.—No, señor.

Doctor.—¿Cómo que no? ¡Está usted loco!

Cliente.—No, señor. Estoy... Pero antes fíjese en mí, señor Mathons.

Doctor.—Doctor, doctor.

Cliente.—Fíjese en mí. Púlseme, si lo desea.

Doctor.—No recuerdo..., no. Su cara..., sí..., su cara no me parece desconocida... Y, sin embargo... Veamos cuántas pulsaciones... ¡No es posible!

Cliente.—¡Jé, jé, jé!

Doctor.—¡Es asombroso! ¡Dijérase que no vive usted!

Cliente.—¡Jé, jé, jé! Dígalo

Doctor.—¿Entonces?...

Cliente.—Sí, soy un muerto. *(El doctor se desmaya y cae sobre una silla.)*

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Han pasado dos minutos.

Cliente.—Tránquilícese, señor Mathons.

Doctor.—¡Todavía usted aquí! ¿Dónde estoy?

Cliente.—No se alarme. Soy yo.

Doctor.—Sí usted. ¿Qué quiere? ¿A qué ha venido?

Cliente.—Me reconoce, verdad?

Doctor.—Creo recordar... ¿Smith, acaso?...

Cliente.—Smith, sí, señor.

Doctor.—Y murió usted hace cuatro días.

Cliente.—Cinco. El seis.

Doctor.—Exactamente. Ese día tuve mil quinientos cincuenta y siete enfermos.

Cliente.—Va usted recordando. Lo celebro.

Doctor.—Sí, pero no me acuerdo de qué murió usted.

Cliente.—De la "grippe". Una complicación...

Doctor.—¡Caramba, sí! ¡Oh, la "grippe"!

Cliente.—¡Oh, sí; pero no debí morir! No había llegado mi hora.

Doctor.—¿Quiere usted decir que yo le adelanté al reloj?

Cliente.—Si me lo permite...

Doctor.—Bah, no podemos discutir. Usted no estudió Medicina y no nos podríamos poner nunca de acuerdo.

Cliente.—Como quiera. Pero yo no he venido a discutir, sino a pedirle una indemnización para mi familia. Con mi muerte ha perdido un sueldo respetabilísimo, que yo ganaba, y usted debe ser el que lo remedie.

Doctor.—¿¿Yo?

Cliente.—Usted. ¿Quién, si no, dijo que lo que yo padecía era un simple catarro? ¿No me aseguró el doctor Mathons?...

Doctor.—Llámeme señor.

Cliente... que podía ir a la fábrica de hielo donde trabajaba?

Doctor.—Sí. Porque entonces sólo padecía usted un catarro nasal sin importancia. Después, no pude ser responsable de lo ocurrido.

Cliente.—¡No pudo usted!... ¡Claro, la "grippe" y los catarros se parecen tanto!...

Doctor.—¡Acabemos! ¿Y si me negara a indemnizarle?

Cliente.—Peor para usted. Me haría acompañar de dos fantasmas amigos, cargados con cadenas.

Doctor.—¿Y qué?

Cliente.—Que no le dejaríamos descansar.

Doctor.—¡Ah, canalla! ¿Sería usted capaz de empezar esta misma noche?

Cliente.—No; hoy es 1.º de mayo y no trabajan los fantasmas. Mañana, sí.

Doctor.—Está bien. ¿Cuánto quiere usted?

Cliente.—Cincuenta mil pesetas.

Doctor.—Es demasiado. Baje.

Cliente.—No puedo.

Doctor.—Dejémoslo en veinticinco mil

Cliente—Imposible. Calcule usted que mi vida probable hubiera podido ser de unos setenta años. Yo era fuerte.

Doctor.—Bah, los jóvenes de hoy son los viejos de ayer.

Un espectador.—¡Muy bien!

Doctor.—Treinta mil y pierdo.

Cliente.—No, señor. Cuarenta mil o "las cadenas". Y no hablo más.

Doctor.—Tenga. *(Le da un cheque.)* Por lo que veo, es ésta su última palabra.

Cliente.—No. Mi última palabra es esta: Adiós. *(Vase.)*

ACTO TERCERO

La misma decoración. El doctor, un espectador, otro, otros y un señor con toda la barba.

La hija.—¡Papá!

Notas gráficas de la semana

DE LA PANTALLA

Rosendo Cebollino, el bello actor del cinematógrafo, por el que hacen cifras casi todas las hermosas del mundo, que va a poner de moda este bigote y esta luchana, los cuales se ha dejado crecer porque así lo exige la caracterización del rol *que ha de realiar en la película de costumbres mejicanas* Contrabandista, torero y un poco de congosto.

CONCURSO DE BELLEZA

Dorotey Makauley, del distrito de Tuney (Macagüey), que ha obtenido el primer premio en un reciente concurso de narices y nueces griegas. La señorita Makauley era la que más pura silueta daba entre todas las concursantes, y van y ¿qué hacen?... Pues le han sacudido el primer premio!

LIBRO NOTABLE

Alma que se arrasca, *es el título de la hermosa novela de costumbres hurdanas, debida a la pluma del conocido deportista D. Zacarías Zopenco, el cual nos ha pagado la inserción del retrato, porque si no, se lo hubiera publicado su padre.*

La crítica le ha cobrado a mitad de precio los laudatorios párrafos que ha dedicado a tan hermoso ladrillo.

Biblioteca Nacional de España

Doctor.—¡Hija mía!

La hija.—Estoy enamorada.

Doctor.—Tendré que reconocerte.

La hija.—No estoy enferma.

Doctor.—¿Estás segura? El amor es un estado anormal que hace a los normales cambiar de estado.

La hija.—¡Capicúa, papá!

Doctor.—No te burles, hija. ¿Y de quién estás enamorada?

La hija.—De un hombre que acaba de salir de esta habitación.

Doctor. — ¡Horror! ¡Imposible! ¡Ese hombre es un muerto!

La hija.—¿Un muerto? ¡Pero si me ha abrazado!

Doctor.—¿Que te ha?...

La hija.—Sí, papá.

Doctor.—¡Entonces..., era un "vivo"!

Espectador.—¡Bravo!

Otro.—¡El autor!

Otros.—¡Bien, bien, muy bien!

Un señor con toda la barba.—¡Mal, muy mal! *(Voces, denuestos, imprecaciones, bastonazos, ayes, improperios, gritos, confusión)* y

TELÓN

PABLO TORREMOCHA.

De las "memorias de un morfinómano"

Mi noble y respetable padre era un sinvergüenza.

Yo lo puedo decir porque no tengo la culpa.

Es posible que yo no cumpla al diminuto pie de la elegante letra con los deberes que ningún hijo respetuoso debe olvidar; pero es que yo cogía a Isaac el bíblico, pongo por vástago abnegado y le daba un progenitor como el que a mí me tocó en Gracia (Barcelona) y, a ver que ocurría.

Jamás olvidaré el día de mi bautizo. Mi padre, que también era mi padrino, metió a todos los invitados en el café de San Millán, salió a comprar unos dulces para los chicos y volvió al día siguiente a sacarnos a todos de la Comisaría.

¿Verdad que tiene mucha gracia?

Pues esto fué un piñonate, comparado con su última faena, que referiré, si ustedes no toman a mal que un hijo cuente estas cosas de su padre. En estricta moral, con los ojos puestos en Freud, que está de moda, a quien deben ustedes censurar es a mi padre; pero allá cada uno con su conciencia.

El 8 de octubre de 1921, después de comer, salió mi papá de casa.

Yo le dí un beso y le pregunté:

—¿Dónde vas, papaíto?

—A tomar café, hijo mío—me respondió.

—Tráeme algo—le pidió mi hermano Atanagildo que estaba preparándose para concejal.

—Bueno—contestó nuestro padre.

Mi otro hermano, Nicéforo, que estudiaba para Estadística, añadió:

—Tres cosas: una para cada uno.

—Bien—terminó papá.

Y se fué.

Aquella noche no vino, suceso que no extrañó mucho a mi compasiva madre.

El 30 de octubre comenzamos a preocuparnos. Atanagildo que también es reflexivo y oficial de la Cruz Roja, preguntó:

—¿Cómo no había venido papá?

Nadie tuvo la delicadeza de contestarle. Mi cariñosa madre, le tiró un sifón y se encerró en su alcoba.

El 6 de julio de 1922, cuando estábamos comiendo, dijo el inteligente Atanagildo:

—Que me va pareciendo a mí un poquito extraño que no venga papá.

Mi otro hermano, Nicéforo, que ya tenía plaza en Estadísitca, comentó.

—Ya ha tenido tiempo papá, de tomar 1.086 vasos de café a dos vasos diarios.

—Va a venir muy nervioso—observé yo, que toda la vida he sido un desdichado.

Mi cariñosa y tierna madre me sacudió un tortazo que me llenó la cara de fideos.

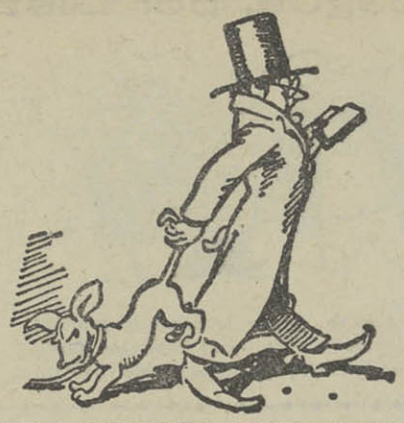
El día de Año Nuevo, dedicamos también un recuerdo a nuestro distraído padre.

Después, cuando mamá se hubo acostado, nos reunimos Atanagildo, Nicéforo y yo y jugamos a adivinar el pretexto, con que trataría de justificar su retraso nuestro afectuosísimo padre.

—Dirá que le han raptado, supuse yo.

—No puede ser—objetó Niceforo—. Los que raptan son los trovadores y papá no conoce a ningún trovador.

—No importa—terció Atanagildo—. Este tiene derecho a suponer lo que quiera.



UNA PEQUEÑA DISTRACCION

(De *Fliegender Blätter*, Munich.)

—Pues yo creo—dijo Nicéforo—que nos dirá que obligado por un negocio, ha tenido que ir al Senegal.

Después de pensar once tonterías más, nos acostamos.

Ayer, a la hora en que acostumbra a llegar el lechero, llegó papá.

Todos salimos a recibirle. Venía demacrado, ojeroso y con un olor a esencia barata, muy extraño en un hombre que había salido a tomar café.

Mi noble y tierna madre, un poco disgustada, le increpó:

—¡Granuja! ¡Mal padre! ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¿De dónde vendrás, miserable, de dónde?

Y mi padre, hipando de emoción y poniendo la cara muy triste, contestó:

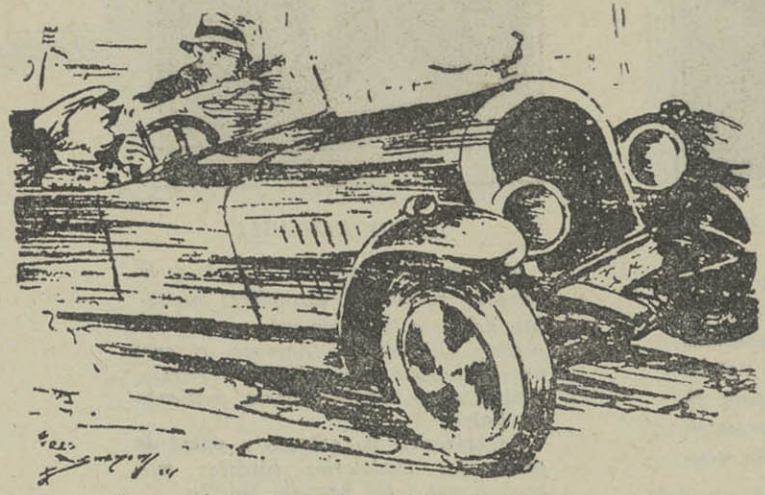
—¡Calla, por Dios Ramona, calla! ¡Si vosotros supieseis!... ¡¡Esos tranvías!! ¡¡Esos tranvías!!

Al día siguiente ocupaba el nicho 7.342 de una Sacramental.

Es por esto, que nos quedamos huerfanitos.

Por la transcripción,

F. RAMOS DE CASTRO.



—Pero, ¿piensas batir el record *de velocidad?*

—No. Es que apenas tengo gasolina, y quiero llegar a un garaje antes de que se me acabe...

Biblioteca Nacional de España

Cuentos regocijantes

Una historia de caza

—¡Eh, caballero! Escuche...

—Diga.

—Puesto que usted, lo mismo que yo, ha llegado tarde a su sitio, ¿me permite que le de un consejo?

—Con mucho gusto, caballero.

—No vaya más lejos. Quedémonos aquí, entre la maleza. Así no se cansará y se encontrará maravillosamente colocado para tirar. Conozco la topografía del bosque.

—¡Ah!... ¿De veras?...

—Sí El ojeo será al otro lado del río. Todos los faisanes que yerren seguirán valle adelante y pasarán por aquí, ante nuestros ojos. Nos bastará con levantar la escopeta. Será una verdadera carnicería. Como si estuviéramos en un corral... ¡Ya lo verá usted!

—Es usted muy amable, caballero.

—¡Bah!... No tiene importancia... Pero permítame que me presente: el Conde de Jinet...

—Yo soy el Barón de Arnault... ¡Encantado, caballero!

—Y yo también... Con tanto más motivo cuanto que me es usted muy simpático...

—¡Oh!

—¡Le repito que sí!... ¡Muy simpático! No le he visto más que dos veces: ayer, durante la comida, y ahora, en la encrucijada de las Cruces. Pero ya sabe usted que hay simpatías instintivas.

—Verdaderamente encantado, caballero.

—No... Estas son cosas naturales... ¿Un cigarrillo?...

Sentémonos en este talud... Verá usted como desembocan los faisanes... ¡Ah, qué malditas aves!... ¡Las vamos a meter una de plomo en el cuerpo!... Lo que me había agradado en usted es esa desenvoltura de aspecto, ese no sé qué agrada también a las mujeres.

—¡Oh, exagera usted!...

—Ni pizca. No se haga el modesto. Seguramente sabe usted que tiene partido con el bello sexo.

—Le aseguro...

—¡No se defienda, caramba! Es usted lo que llaman un mujeriego. Yo conozco en seguida a los hombres. Una ojeada y... Por eso le digo que lo he reconocido a usted en un momento. Me he dicho. "¡Aquí tengo un compañero!"

—¡Ah!

—¡Claro que sí! Yo creo que tampoco me doy mal maña. ¡Y, claro! Entre compinches, todos nos conocemos fácilmente.

—Es verdad.

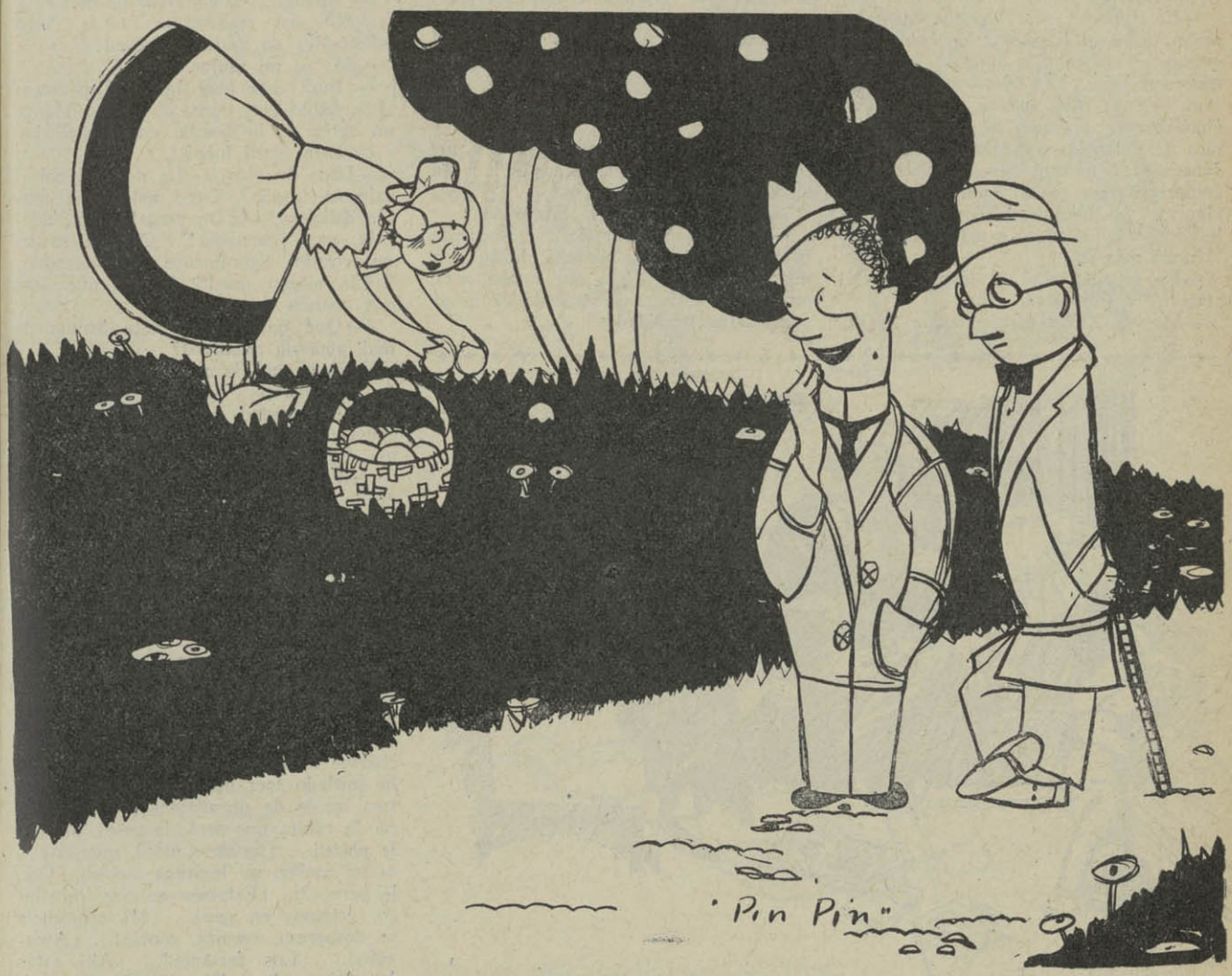
—Está usted en el castillo desde anteayer, ¿verdad?

—Desde anteayer a mediodía.

—¡Picaronazo! No pierde usted el tiempo. Es usted un maestro, ¿sabe?

—Pero...

—La damita rubia, con quien iba usted hace poco por entre los matorrales. .



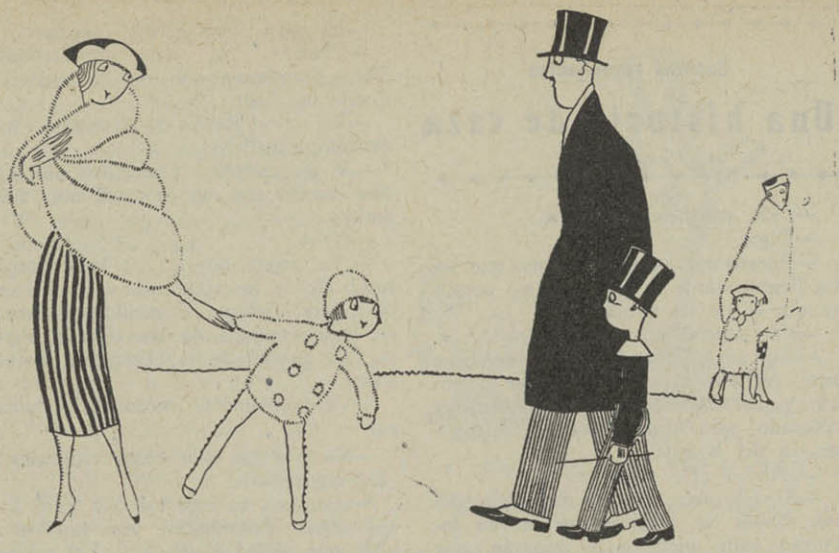
—¡Oh, las mujeres del campo! ¿Tú has visto más hermosos colores que los que tiene esa mujer?
—Como que los colores siempre han estado en las paletas.

Dib. de *Pin Pin.*

Biblioteca Nacional de España

—¡Ah! ¿Nos ha visto usted?
—¡A ver!
—¡Pues tiene usted un ojo, que!...
—¡Dos, amigo mío, dos ojos!
—¡Tiene gracia!
—¡Mucha! Sepa usted, además, que yo conozco un poco a la dama rubia...
—¡Ah!... ¿Usted también?...
—¡Claro que sí!... No cometo una indiscreción diciéndole, puesto que estamos cambiando confidencias...
—¡Desde luego!... Y, dígame... ¿Es ella aficionada al "flirt"?
—¡Ya lo creo!... ¡Y hasta del "flirt" extremado!... Pero ella tarda, por lo regular, en decidirse... Yo mismo he tenido que cortejarla tres meses...
—¡Atiza!... ¡No seré yo quien tenga esa paciencia!... ¡Aunque ella sea muy bonita!... ¡Bah!... Una sentimental..., una enamorada... Le advierto que ni siquiera sé cómo se llama...
—Se lo diré yo muy pronto... ¡Sí!... Es una sentimental... Estoy seguro de que este comienzo de "flirt" debe haberle causado ya a usted sensaciones inolvidables...
—¡Y-nol-vi-da-bles!...
—¡Apostemos a que usted ha atacado en silencio!
—En silencio, sí... Las sentimentales aman, aman el silencio... Yo había sorprendido en seguida que le agradaba enormemente... Los ojos—¡usted lo ignora!—, los ojos hablan... Ella y yo charlábamos de caza, de piezas cobradas, de todas las cosas, en que no pensábamos ni uno ni otro... De súbito, comprendí que era el momento de declararse. La he mirado con fijeza y le he dicho: "¡La adoro a usted, señora!" Y nada más.
—Es sencillo com el Evangelio. Y, ¿qué le ha contestado ella?
—Me ha dicho enrojeciendo: "¡Oh, amigo mío!..." Y hemos continuado nuestro camino sin desplegar los labios. Ya está hecho lo más difícil. Evidentemente, ella será mía cuando me plazca.
—¡Más vale así! No se puede usted imaginar el peso que me ha quitado de encima.
—¿Que yo le quito un peso de encima?
—¡Enorme!... Un peso enorme que tenía encima del corazón... ¡Uf!... Me siento ya aliviado...
—¿Aliviado?... No lo comprendo...
—Voy a explicárselo... ¿Recuerda usted aquella dama morena, linda, con una belleza demoníaca que estaba ayer sentada a la mesa y separada de usted por cuatro convidados?...
—Sí con un collar muy original compuesto de unas mallas representando a unas jovencillas enlazadas por los pies...
—¡Atiza!... ¡El collar de mi mujer!...
—No me equivocaba... Esa dama morena es su mujer, ¿verdad?
—Sí; es mi mujer.
—¡Pues está muy bien! Dispénseme si le hablo con tanta libertad... ¡Hace un ratito la he besado en el cuello!...
—¿Está usted loco?...
—Loco de alegría. Le doy mi enhorabuena, ¿sabe? Tiene usted una mujer deliciosa!— ¡De veras!... ¡Y, además, nada gazmoña!... Apenas se ha ruborizado ligeramente, murmurando: "¡Oh, amigo mío!" Seguro que será mía cuando me plazca.
—¿Qué quiere decir esta broma de mal género, caballero?
—No es una broma y mucho menos de mal género... Lo que pasa es que,
—¿Dice usted una dama morena?... como usted me resulta muy simpático, me molestaba, me desagradaba un poco haber besado así a su mujer en el cuello, de súbito, sin que siquiera me hubiesen presentado a usted... ¡Me disgustaba!... ¡De veras!... Pensaba yo: "La verdad es que me estoy portando como un salvaje. No se seduce de este modo a la mujer de un vecino sin estar autorizado para ello por una poquita intimidad previa..."
—¡Caballero!... ¡Caballero!...
—No se acalore, hombre, no se acalore... No hay motivo para ello. He reparado mi falta... Puede usted estrecharme la mano... La damita rubia que he tardado tres meses en conquistar, y tres meses de prometidos por añadidura, la rubita que será de usted, cuando le plazca..., ¡figúrese usted, querido!..., es mi mujer, mi legítima esposa... Qué le parece?... ¡Estamos en paz, caballero, estamos en paz!... ¡Mi conciencia se despereza, respira, sonríe!... ¡Atención!... ¡Los faisanes!... ¡Ahí están los faisanes!... ¡Tire usted en seguida!...

HENRY KISTEMAEKERS.

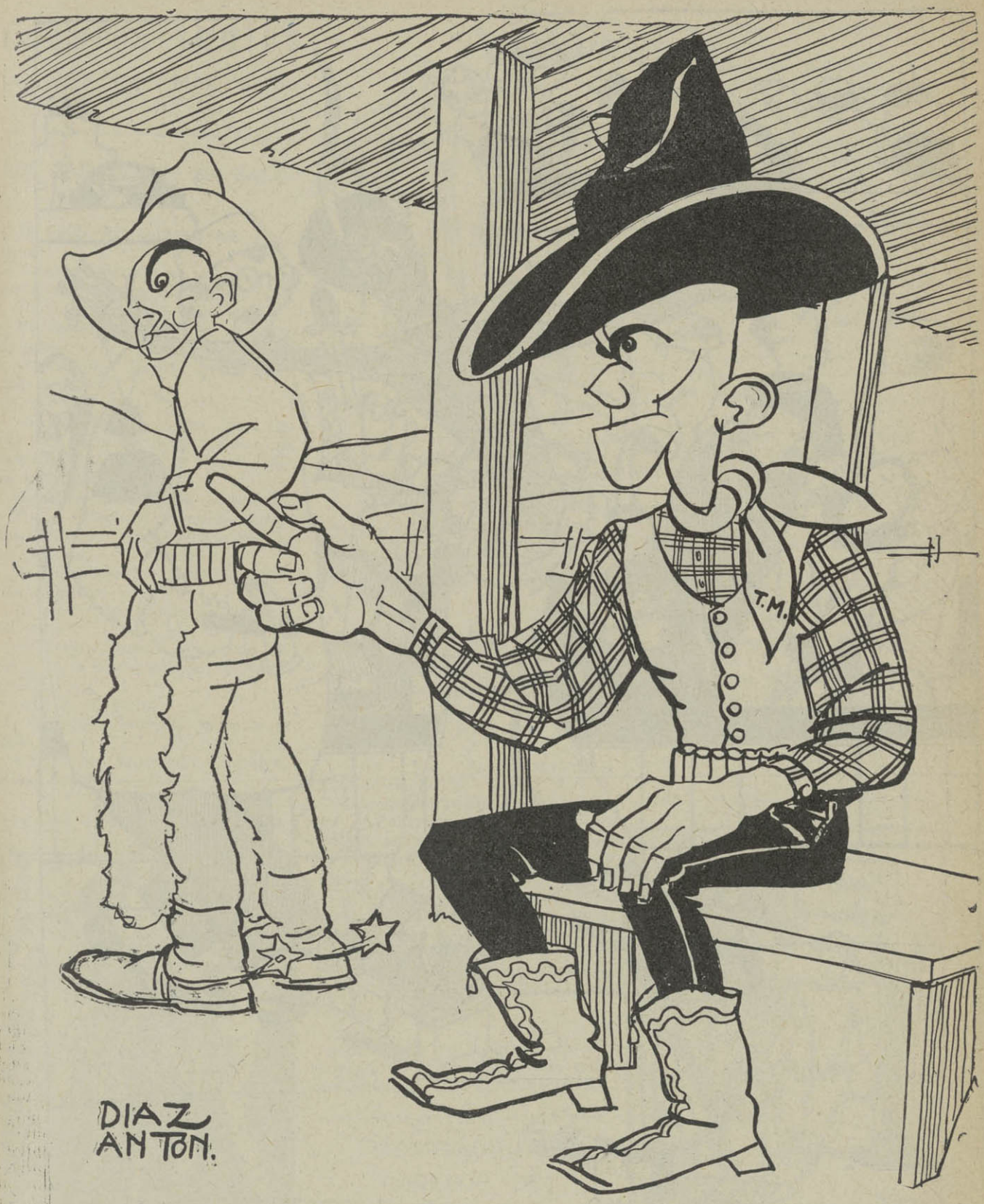


LOS NIÑOS DE AHORA

La nena.—*Oye, rico. Salgo por las mañanas con la chacha.*

—Mamá; apuesto cualquier cosa a que esta señora no puede hacer lo que yo hago.

Biblioteca Nacional de España



DEL LEJANO OESTE, por *Diaz-Antón*.

Uno.—*¿Quieres algo para tus padres? Voy a la ciudad.*

El otro.—*¡Nada! ¡Y si no sí! Diles que me hagan retratar de medio cuerpo.*

Biblioteca Nacional de España

El derviche.—*¡Oye, Sánchez! ¡Qué me preparen unos bocadillos, que siento así como punzadas en el estómago!*

Biblioteca Nacional de España

Cuentos judíos

Por Jules Moy y Max Viterbo

LOS CALCETINES DE SALOMÓN

El viejo Salomón ha ido a un baile.

Todo el mundo se separa con mala cara del viejo Salomón.

El viejo Salomón huele mal.

El dueño de la casa se acerca a Salomón y le dice:

—Salomón, hueles mal. ¿Por qué es eso?

—No sé.

—Salomón, me parce que llevas los calcetines sucios. Ven a mi cuarto y te los quitas. Yo te dejaré unos míos.

Salomón se va a la habitación vecina y vuelve a los pocos minutos. Un holor más horrible exhala su persona.

Los invitados se tapan la nariz **con disgusto.**

El dueño de la casa se acerca a Salomón:

—Salomón, hueles peor que antes. ¿No te has cambiado los calcetines?

—Sí; te lo juro.

—Mientes, Salomón, porque se nota bien.

—Los he cambiado, hombre. Mira, convéncete...

El negro.—*¡Tú tienes que seguir conmigo!*

Ella.—*¡Te vas a ver... blanco!*

El viajero.—*¿Y ustedes no ascienden?*

El mozo.—*¡Anda! ¡Quiá, no señor! ¡Aquí hay mozo que tiene sesenta años!*

Dib. de *Deloaysa.*

Y Salomón saca del bolsillo superior de su levita el par de calcetines viejos...

EL DESAFÍO DE ABRAMOWITCHESCU

Abramowitchescu había sido insultado por su viejo amigo Salsouzaff, campeón polaco de espada, pistola y sable.

—No nos batiremos—decía Abramowitchescu.

Abramowitchescu era conocido por su cobardía.

Pero el duelo fué decidido en los términos que Abramowitchescu dijera.

—Usted ha sido insultado por nuestro apadrinado. ¿Qué arma elige usted?

—Me es absolutamente igual. Pero yo quiero batirme al estilo de mi país. Consiste en no dar ventaja a ninguno.

—¿...?

—Sí. Como yo tengo el ojo izquierdo un poco defectuoso, pido que se me le tape con una venda, y que se haga lo mismo con mi adversario.

Esta cláusula fué aceptada por los testigos.

Llegados al terreno, iba a ejecutarse lo concertado, cuando Salsouzoff gritó desesperadamente:

—¡Nunca!... ¡De ninguna manera! ¡Este animal de Abramowitchescu sabe muy bien que mi ojo derecho es de cristal! ..

LA GENTILEZA DE YERTSECHEN

Josué necesita dinero.

Josué va a buscar a su viejo amigo Yerstsechen.

—Buenos días, Yertsechen.

—Buenos, Josué.

—¿Me puedes prestar diez francos, Yestsechen?

—Veo que has hecho alguna locura. ¿Andas con mujeres?

—Te juro que no, Yertsechen.

—Serán para gastarlos en alguna tontería.

—Palabra de honor que no, Yertsechen.

—Bueno; aquí tienes los diez francos; pero tú me devolverás quince.

—Es mucho, Yertsechen; pero acepto, porque los necesito.

Y Josué se va.

Pero Yertsechen le llama en la escalera:

—Veo que debes hacer economías. Dame los diez francos; así no me deberás más que cinco en lugar de quince.

A. R. H.

APARTADO DE CORREOS DE

VARIETÉ

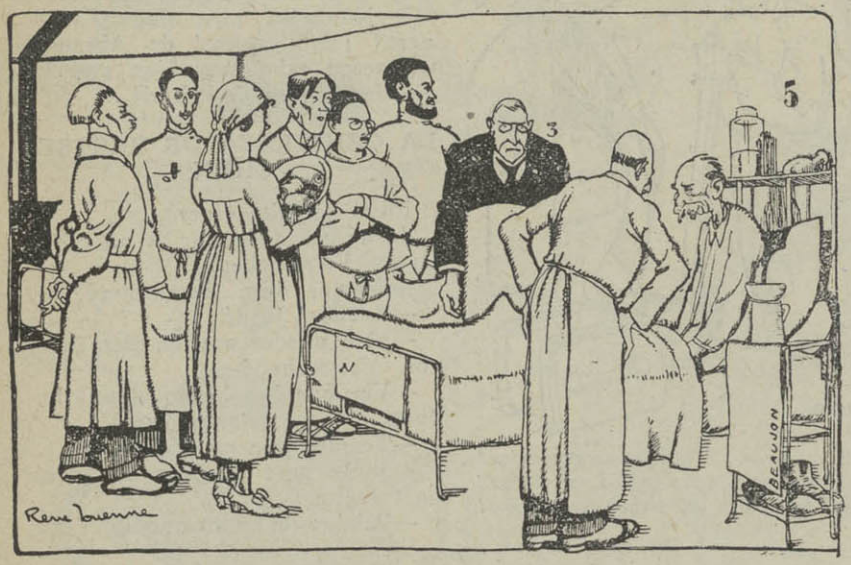
núm. 8.032

El.—*Creí que estabas hablando con un amante y te iba a pegar un tiro.*

Ella.—*Pues mira; procura hacer ruido cuando vengas de la calle.*

Biblioteca Nacional de España

UNA PLANA DE MONOS



El médico.—*Estamos dispuestos a anastesiarle para proceder a la perforación del hueso temporal izquierdo para...*

El paciente (que es muy mal hablado).—*¡Total, que me van a hacer ust des la... trepanación!*

(Dib. de *René Jouvense* en "La Riré".)

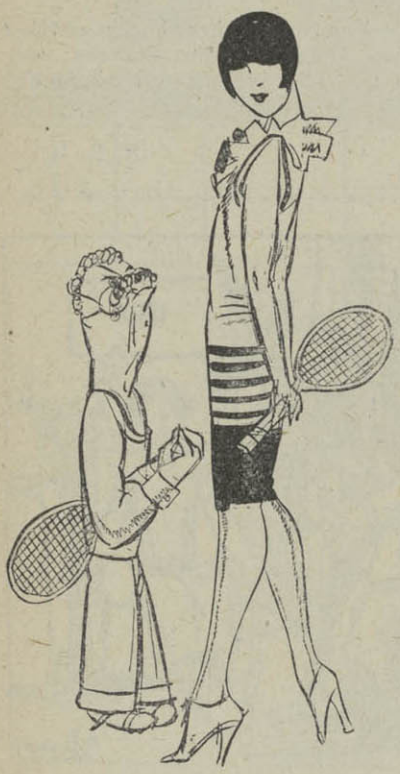
PREPARANDOSE PARA EL TEATRO, por *Piri Piri*.

—Elia.—*¡Ajajá! Yo ya estoy arreglada.*

El.—*Pues a mi me ha hecho daño la cena.*

Ella.—*Y eso qué quiere decir?*

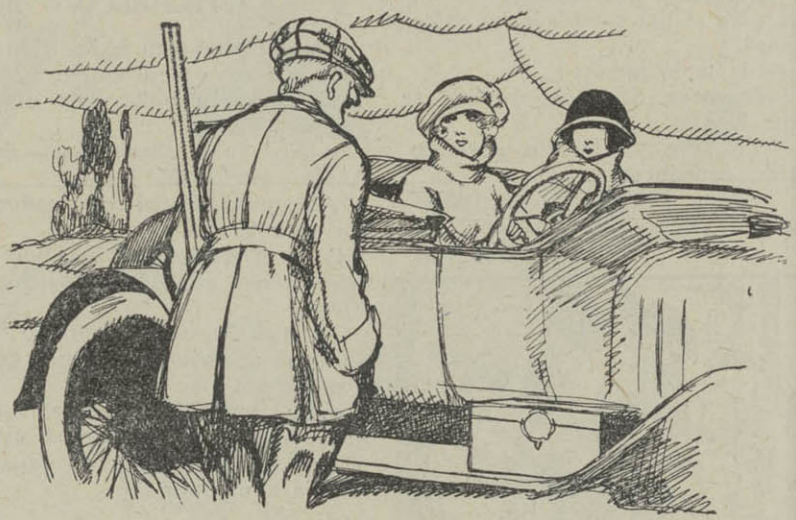
El.—*Pues que si tú estás arreglada, yo estoy descompuesto.*



El.—*¡No sea usted cruel, Purita, y deme esperanzas, porque yo en mi carrera pienso rayar muy alto.*

Ella.—*¿Está usted creciendo todavía?*

Dib. de *Piri Piri*.



El.—*¿Y tiene mucha fuerza este auto?*

Ella.—*Pues... siete árboles, cuatro faroles y tres guardacantones.*

"VARIETÉ"

se vende en Buenos Aires por la importante casa Antonio Manzanera, de sólido crédito, como tiene mucho gusto en hacer público esta administración.

Antonio Manzanera

Independencia, 2 **Buenos Aires**

Biblioteca Nacional de España

CINEMATÓGRAFO

Olive Borden en la superproducción Fox titulada: "Habla el mono".

Fot. Foxfilm, S. A. E.

Biblioteca Nacional de España

DE CINEMATÓGRAFO

Una graciosísima escena de *Bronca en el camerino,* divertida cinta de la Metro Goldwin.

(Fot. Metro Goldwin.)

Lea usted el

ALMANAQUE DE LA ALEGRIA

(Biblioteca Astrakan) que acaba de ponerse a la venta

PRECIO UNA PESETA — ES REGALADO

Imp. Zoila Ascasíbar y C.ª — Martín de los Heros, 65

Biblioteca Nacional de España